

NOTE DE TRANSMISIÓN

de la Secretaría

a la Convención

Asunto: Discursos pronunciados en la sesión inaugural de la Convención el
28 de febrero de 2002

Se adjunta a la atención de la Convención los discursos pronunciados por el Presidente del Consejo Europeo D. José María Aznar, el Presidente del Parlamento Europeo D. Pat Cox, el Presidente de la Comisión Europea D. Romano Prodi y el Presidente de la Convención D. Valéry Giscard d'Estaing en la sesión inaugural de la Convención el 28 de febrero de 2002.

**Intervención del Presidente del Consejo Europeo, José M. Aznar
en la reunión inaugural de la Convención sobre el futuro de Europa
Bruselas, 28/02/2002**

Señor Presidente del Parlamento

Señor Presidente de la Comisión

Señor Presidente de la Convención,

Señorías

En este día la Convención empieza su tarea, poniendo en práctica el acuerdo del Consejo Europeo de Laeken de preparar, bajo criterios de amplitud y transparencia, la próxima Conferencia Intergubernamental.

Hoy, de acuerdo con las previsiones de la Declaración de Laeken, inauguramos solemnemente la Convención, que preside Valéry Giscard d'Estaing, dado el enorme prestigio de una experimentada carrera política como la suya.

Todos ustedes podrán imaginar que este acto supone en quien les habla una satisfacción particular, así también lo es para la Presidencia española.

Quedamos a disposición del Presidente Giscard d'Estaing, Vicepresidentes Amato y Dehaene y todos los miembros de la Convención, en lo que sea oportuno para que su encomienda alcance el fin propuesto, y conforme al calendario previsto.

Señoras y Señores,

Niza, es la razón de que estemos hoy aquí. En Niza se llegó a un laborioso acuerdo compartido sobre las reformas institucionales imprescindibles que debían acompañar a la Ampliación, y que preparan la Unión del futuro.

El Tratado de Niza respondía a una poderosa realidad política, como es la reunificación del continente, y fue posible aprobarlo gracias a la habilidosa labor de la Presidencia francesa.

Acto seguido, los Jefes de Estado y de Gobierno convocamos la convención que ahora empieza, sabedores de que la nueva etapa pide formas nuevas de funcionamiento y deliberación para seguir haciendo “más Europa”, como dice el lema de la Presidencia española de este semestre.

Señoras y Señores,

La unidad europea conseguida hasta hoy es la victoria de una experiencia histórica. Sin duda, hoy nuestra Unión descansa sobre las políticas comunes y los cimientos sólidos de un mercado y una moneda únicos. Por ello, no comparto las opiniones que perciben una crisis existencial en el

proceso de integración.

Tal supuesta crisis coincide, por el contrario, con una fase especialmente dinámica del proceso unitario, como lo atestigua la rapidez de la puesta en circulación del euro, los rápidos avances registrados en el nuevo Espacio de Libertad, Seguridad y Justicia, el comienzo efectivo de una política común de defensa, o el impulso del proceso de modernización y reforma económica y social. De igual modo, esta Convención disfruta también de ese dinamismo, así como todo el proceso para la ampliación y reunificación de Europa.

Ocorre, sin embargo, que la situación mundial hace que la Unión deba acelerar su avance. Un ilustre pensador europeo, el español Ortega y Gasset, pedía la unidad de los Estados europeos para contrarrestar el nacionalismo y el riesgo de declive en esta región del mundo llamada “Europa”. En este sentido, la voluntad europea del presente debe sentir la urgencia de redefinir su papel en un mundo hondamente transformado al pasar de un siglo a otro.

Pero, sepamos que han sido nuestros éxitos los que nos permiten ahora enfrentarnos a metas más ambiciosas. Creo que sólo será posible alcanzar los nuevos objetivos, si perseguimos, como primera guía de nuestras actuaciones, la consolidación del proyecto europeo.

Ello no es, como pudiera parecer, una tarea fácil ni tampoco de intención conservadora o, si se prefiere, conformista. Implica desarrollar y perfeccionar dos ideas básicas del proceso de integración.

La primera es que nuestro porvenir depende del equilibrio entre la unidad cultural profunda de Europa y su evidente diversidad histórica. El mañana político europeo ha de ser el de una constitucionalización pluralista, respetuosa con los múltiples ordenamientos de sus Estados miembros.

Es el desarrollo de un Derecho, el derecho comunitario que la Declaración de Laeken describe como “el camino hacia una Constitución para los ciudadanos europeos”.

El segundo principio de la integración europea es la progresiva asunción, por parte de la Unión, de políticas que hasta ahora recaían en la exclusiva esfera estatal.

Conjugar un mejor reparto y definición de las competencias en la Unión Europea no es, ciertamente, una tarea fácil, puesto que debemos ser capaces de ofrecer fórmulas y soluciones que supongan una mejora real de la vida cotidiana de todos los europeos.

No tengo duda que hay que clarificar y delimitar mejor las competencias si queremos definir qué es lo que queremos hacer juntos, de modo que el ciudadano perciba con mayor facilidad quién hace qué en la Unión y pueda, de esa forma, exigir responsabilidades.

Pero este ejercicio no debería desembocar en una marcha atrás del proyecto europeo ya realizado y consolidado.

Tenemos que seguir haciendo juntos lo que hasta ahora hemos hecho juntos y que, además, ha producido un insospechado nivel de vida con beneficio para toda Europa.

La entrada en circulación del euro debe ser, a su vez, entendida como un punto de salida y no un punto de llegada. Esta apuesta transcendental, que hemos culminado recientemente, tiene que dirigir nuestro trabajo hacia aquellas áreas en las que los ciudadanos -y la situación internacional- aguardan una acción más intensa de la Unión: el perfeccionamiento del Espacio de Libertad, de Seguridad y Justicia; la modernización del modelo social europeo para conseguir el pleno empleo, y el desarrollo de una verdadera política exterior y de defensa común.

Señoras y Señores,

La integración europea no es un fin en sí misma, sino un medio al servicio de los valores más positivos de la cultura europea: derechos fundamentales para todos, sin discriminaciones, democracias pluralistas, prosperidad compartida y competencia económica.

El gran objetivo que debe inspirar los trabajos de esta Convención es el de proyectar una Europa sostenible y eficaz.

Una Europa en la que todos los ciudadanos puedan disfrutar, en igualdad de condiciones, de los beneficios del mercado interior, de la moneda única y del modelo social europeo

A pesar de los grandes avances logrados, queda aún mucho terreno por recorrer. Sólo una agenda de proyectos y realizaciones concretas será capaz de identificar a los ciudadanos en torno a la construcción de una Unión política. Si Europa tiene un futuro, y yo estoy plenamente convencido de que lo tiene, debe ser algo en lo que los europeos verdaderamente crean, apoyen y valoren positivamente.

Señoras y Señores,

Deseo transmitirles la gran confianza que el Consejo Europeo, y yo personalmente, tenemos depositada en esta Convención y su Presidente. Es innumerable la gran cantidad de personalidades de relevancia y prestigio, que participarán en sus trabajos.

Confío plenamente en que la Convención y su Presidente, sabrán responder a las expectativas de los europeos, centrándose en las cuestiones que verdaderamente preocupan a nuestros ciudadanos.

El éxito de esta Convención dependerá de su capacidad para ser receptiva ante las inquietudes y expectativas que la sociedad exprese, entre otros cauces, a través de los diversos debates nacionales y el Foro cívico europeo, cuyas aportaciones se incluirán en los debates de la Convención.

Para que los trabajos de la Convención se desarrollen ordenada y eficazmente, es fundamental, por una parte, que se mantenga una relación de sinergia con el Consejo Europeo, ya que corresponde a esta Institución adoptar las decisiones definitivas sobre la reforma de los Tratados, y, por otra, es sumamente importante que se respete el periodo previsto de duración de los trabajos de la

Convención.

Sólo de esa forma, la Conferencia Intergubernamental podrá acordar un nuevo Tratado en un breve plazo, como sería, sin duda, deseable.

El desafío al que se enfrenta esta Convención va más allá de la tarea, exigente y difícil, de preparar las reformas. Se trata, además, de confirmar la validez de un procedimiento utilizado ya para elaborar la Carta Europea de Derechos Fundamentales.

La consolidación del modelo supondría un paso de enorme trascendencia en la necesaria evolución del sistema establecido para la toma de decisiones y sería un motivo más del reconocimiento que la Convención merecerá en la medida en que acierte a formular propuestas idóneas para consolidar el proyecto europeo, para profundizar en la integración y para avanzar en el proceso de constitucionalización de la Unión Europea.

Quiero terminar felicitando a todos los miembros de la Convención por el honor que supone la alta responsabilidad que han asumido, y expresándoles mi deseo de que su esfuerzo encuentre la recompensa del éxito.

DISCURSO DE D. PAT COX, PRESIDENTE DEL PARLAMENTO EUROPEO

con ocasión de la inauguración solemne de la

Convención sobre el futuro de Europa

Bruselas, 28 de febrero de 2002

En nombre del Parlamento Europeo me complace darles hoy la bienvenida a nuestra Cámara, al lugar donde nació la idea de esta Convención. Hago esta reivindicación porque les deseamos un gran éxito y yo sé que el éxito tendrá muchos padres.

En octubre de 2000, antes de concluir el Tratado de Niza, el Parlamento Europeo aprobó un informe sobre la constitucionalización de los Tratados Europeos y pidió que se estableciera una Convención. Entonces considerábamos que una Convención era deseable. Después del Tratado de Niza el Parlamento Europeo está convencido de que la Convención es necesaria.

En los anales de la reforma del Tratado Europeo, el día de hoy señala un paso adelante, decisivo y revolucionario, para la democracia europea y el sistema parlamentario.

Esta Convención es un golpe a favor de la apertura y la transparencia, la innovación y la creatividad.

Hace cincuenta años, una generación de líderes europeos, después de una guerra devastadora que dividió a nuestro continente, vieron con toda claridad lo que era, pero estuvieron dispuestos a soñar con lo que podría ser. Tuvieron el valor de defender sus convicciones europeas. Abrieron para Europa un camino de reconciliación y progreso por el que nadie había transitado antes. Nosotros somos los beneficiarios de ese legado y de esa clarividencia.

Hoy, nuestra generación de europeos está convocada aquí para responder a una llamada al servicio de Europa. Me complace especialmente que en términos representativos el ámbito de esta Convención sea realmente europeo. Doy especialmente la bienvenida a esta mesa constitucional a nuestros amigos y colegas de los países candidatos. Nuestro desafío, vuestro desafío, es también de orden generacional:

- Definir y redefinir, aquí y ahora, el objetivo público contemporáneo de Europa, su valor añadido y sus responsabilidades globales;
- trazar nuestro camino,
- para que lo que hacemos y cómo lo hacemos sea eficiente, abierto y democráticamente responsable y, sobre todo, significativo para las vidas de nuestros ciudadanos.

El Parlamento Europeo acuerda una particular importancia al diálogo con los ciudadanos y la sociedad civil. Les instamos a que no sean tan solo una Convención que hable, sino una que escucha.

Nuestro ardiente deseo es que esta Convención abra el camino para un diálogo permanente con nuestros pueblos, los interlocutores sociales, la sociedad civil, los Estados y las regiones.

Gracias al método parlamentario, su trabajo será del dominio público, estará sometido a la mirada pública y será difundido simultáneamente por internet en el sitio del Parlamento Europeo. Esto es un signo de la Europa más abierta que ustedes están llamados a hacer nacer.

Al contemplar nuestro futuro común, debemos respetar lo que ha contribuido a servir a los intereses de los europeos en el pasado. En cuestiones de equilibrio institucional y prerrogativas el Parlamento Europeo desea subrayar la necesidad de conservar la inteligencia sin ser conservador.

La última prueba para la Convención que se pone en marcha hoy aquí será su capacidad para forjar una sabiduría y una voluntad colectivas; llevar a cabo una reforma equilibrada y práctica de lo que hacemos en común como europeos y de cómo lo hacemos, y todo ello en términos que pesarán de manera decisiva sobre la próxima Conferencia intergubernamental sobre la reforma del Tratado.

El Parlamento Europeo, como interlocutor activo y facilitador de este proceso, les desea un éxito total.

Detrás de la Presidencia pueden ustedes ver la imagen de Europa representada por la bandera con las doce estrellas. Somos políticos y, evidentemente, hemos de ser pragmáticos y mantener nuestros pies en el suelo; pero nada nos impide mirar a esas estrellas y soñar con el futuro común que queremos imaginar y crear.

Hablando de sueños, quiero concluir en este día tan especial con una cita del Premio Nóbel de Literatura irlandés William Butler Yeats:

""He extendido mis sueños a tus pies; camina con cuidado porque estás caminando sobre mis sueños"

**Discurso de Romano Prodi
Presidente de la Comisión Europea
Sesión inaugural de la Convención Sobre el futuro de Europa
Parlamento Europeo
Bruselas, 28 de febrero de 2002**

Señor Presidente de la Convención,

Distinguidos miembros de la Convención,

Señor Presidente del Parlamento Europeo,

Señor Presidente del Consejo,

Hay momentos en la Historia en que los pueblos deben afirmar y definir las razones que les impelen a querer compartir un destino común.

Para los pueblos de nuestra Europa, ha llegado este momento.

Vosotros, representantes de los Estados, de las instituciones y de los pueblos de Europa estáis hoy aquí reunidos en esta Convención, porque la integración ha sido un éxito que ha superado todas las expectativas.

Estáis hoy aquí reunidos porque todo un continente se plantea la cuestión de su futuro.

A vosotros os corresponde aportar las respuestas, unas respuestas a la altura del envite.

La cuestión central a la que deberéis responder no es de carácter técnico.

Su alcance supera con creces el de simples mecanismos, el de una arquitectura o el de las normas institucionales.

Porque Europa es mucho más que todo eso.

Hace cincuenta años, un puñado de pioneros visionarios, lúcidos y valientes abrieron una nueva vía.

Aquellos hombres optaron por la reconciliación contra la guerra, por la paz mediante el entrelazado económico antes que por la mutua destrucción y por el derecho en lugar de la ley del más fuerte. Pusieron así los cimientos para la construcción de una comunidad de pueblos y de Estados.

Se crearon, y con el tiempo se consolidaron, las primeras instituciones supranacionales.

Con los Estados miembros reunidos en el Consejo cooperan la Comisión, garante del interés general europeo, un Parlamento elegido por sufragio universal que representa al pueblo europeo y un Tribunal de Justicia que vela por que prevalezca el derecho.

Esta cooperación ha generado una nueva identidad europea.

Ha impulsado intercambios de una magnitud nunca alcanzada antes. Ha permitido y generado estabilidad y desarrollo. Y, por último, ha dado lugar al nacimiento del euro, que los europeos han acogido con un entusiasmo ampliamente compartido.

Hace trece años, los pueblos de la Europa central y oriental, hasta entonces injustamente privados de libertad, retomaron las riendas de su destino y optaron por la democracia.

Hoy en día, estos pueblos cuyos representantes aquí presentes saludo con emoción y amistad piden unirse a nosotros.

Debemos responder clara y positivamente a su petición, mediante la renovación y la ampliación del pacto político europeo.

Las imperfecciones de la integración comunitaria que existen y habrá que corregir son poca cosa frente a lo que hemos construido ya y lo que podemos y debemos construir todavía.

Lograr con éxito la Unión Europea ampliada, lograr con éxito la gran Europa es posible.

Tenemos capacidad suficiente para ello.

Pero, ¿cuál ha de ser el proyecto para el futuro de Europa?

Creo que eso significa enfrentarse a estos cuatro retos.

Ante todo, en tanto que europeos, debemos asumir nuestra responsabilidad a escala mundial, al servicio de la paz y del desarrollo.

Lo que está en juego es el futuro del mundo, la vida de millones de seres humanos reducidos a unas condiciones de indecible pobreza, o el destino de los inocentes que pagan el precio desorbitado de unas guerras insensatas.

Y ninguno de nuestros Estados puede llegar a tanto actuando solo.

Como Europeos debemos defender un modelo de sociedad equilibrada que sepa conciliar la prosperidad económica y la solidaridad.

Nuestro bienestar y nuestra forma de vida dependen en gran medida del equilibrio entre el crecimiento, la justicia social y la protección del medio ambiente.

Y nuestra capacidad para generar crecimiento y empleo se basa en la moneda única y en el mercado único que, a su vez, se basan en un sistema de normas comunes.

Como europeos debemos, además, garantizar la libertad a la par que respetamos plenamente los principios de la seguridad.

Nuestra historia y nuestra cultura nos imponen no disociar seguridad, justicia y libertad.

Frente al terrorismo y al crimen sin fronteras, frente a los grandes fenómenos migratorios, la respuesta no puede darse más que a escala europea.

En fin, nosotros, los europeos, debemos invertir en el futuro para hacer de Europa un polo de influencia intelectual, científica y de innovación.

Porque en el ámbito de la inteligencia Europa no puede permitirse quedarse atrás.

Porque, también en este ámbito, sólo la opción europea nos permitirá seguir siendo competitivos.

Una vez definido el proyecto de la Europa futura, entonces, y sólo entonces, distinguidos miembros de la Convención, habrá llegado el momento de enfrentarse a los problemas propiamente institucionales.

Permitid que exprese, sobre este punto, unas breves reflexiones.

Tenemos que dotarnos con una Constitución que señale el nacimiento de la Europa política.

No obstante, no debemos perder de vista la originalidad de la integración europea.

La originalidad reside en el hecho de que la Unión Europea es una unión de pueblos y de Estados. Nuestra verdadera ambición no es construir un superestado. ¿Qué sentido tendría eso en el momento en que los modelos estatales clásicos son cada vez menos adecuados para dirigir la globalización? La verdadera ambición, hecha de realismo y de visión de futuro, consiste en desarrollar esta construcción original hacia una democracia supranacional cada vez más avanzada.

Una democracia europea basada en los pueblos y en los Estados de Europa.

Ésa es la razón de que debamos adaptar a esta construcción original europea los grandes principios de nuestras tradiciones democráticas nacionales, es decir:

- la separación de poderes;
- el voto por mayoría;
- el debate público y la votación de todas las leyes por los representantes del pueblo;
- la aprobación de los impuestos por el Parlamento.

Hay que revisar el sistema de toma de decisiones de la Unión.

Necesitamos procedimientos de toma de decisiones y de ejecución nuevos y más sencillos y transparentes.

Misiones y competencias que hoy corresponden a la Unión, pueden y deben reconsiderarse y devolverse a los Estados miembros. La Comisión no se inhibirá de sus responsabilidades y está dispuesta a participar en este esfuerzo colectivo y a evolucionar en función de las nuevas necesidades de Europa.

Está dispuesta a redefinir sus cometidos e incluso, si es conveniente para el bien común, a ceder parte de sus competencias para asumir nuevas responsabilidades en los ámbitos donde está en juego el futuro de Europa.

La Comisión es la guardiana de los Tratados.

Es decir que vela por que Europa permanezca fiel a sí misma. No significa conservar a toda costa lo que los tiempos exigen cambiar.

Debemos trabajar para conseguir una verdadera reforma de la Unión, pero reconociendo y respetando las grandes tradiciones culturales y espirituales que son el alma de Europa.

Una reforma que sea al mismo tiempo profunda y fiel a los grandes principios que son la base de nuestros logros.

Debemos seguir tendiendo hacia «una Unión cada vez más estrecha entre los pueblos de Europa» porque la juventud europea no se reconocería en un proyecto restrictivo y falto de aliento;

Debemos valorar y reconocer las grandes tradiciones culturales y espirituales de Europa; Debemos compartir la soberanía para poder ejercerla de un modo real (lo mismo que hemos hecho con la moneda);

Debemos reconocer la necesidad de unas instituciones responsables del interés común;

Debemos garantizar la igualdad de trato de todos los Estados.

Distinguidos miembros de la Convención,

Europa no es una alianza. Es la casa común de los ciudadanos europeos. Es el nuevo protagonista del siglo que está empezando.

Por esto no puede edificarse sobre la ley de unos pocos porque sean más grandes, más fuertes o miembros más antiguos del club europeo. La Unión Europea es una «unión de minorías» en la que ningún Estado debe dominar a los demás.

Ni puede contentarse con una vaga coordinación incapaz de resistir a tensiones violentas.

Hace cincuenta años, Jean Monnet creó la Alta Autoridad del Carbón y del Acero convencido de que una institución encargada del interés superior debe velar por que cada cual respete de modo permanente los compromisos contraídos.

Vosotros, distinguidos miembros de la Convención, deberéis promover unas instituciones sólidas con esta misma convicción.

La Unión Europea no es ni debe ser una nueva «Sociedad de las Naciones», que los egoísmos y el derecho de veto reduzcan a la impotencia.

La Unión Europea propone un modelo armonioso de democracia supranacional.

Constituye el único intento concreto de construir una globalización democrática, capaz de proponer derecho y desarrollo.

Por este motivo es capaz de desempeñar un papel muy especial en el mundo de hoy y en el de mañana.

Estoy convencido de que sabréis dotar a nuestro continente con las instituciones que exigen sus peculiaridades, unas instituciones a la altura de su pasado y la altura de los retos del mundo del futuro.

26 de febrero de 2002

DISCURSO DE INTRODUCCIÓN

DEL PRESIDENTE D. VALÉRY GISCARD D'ESTAING,

A LA CONVENCIÓN SOBRE EL FUTURO DE EUROPA

Agradecimientos al Presidente del Consejo (por habernos creado)
al Presidente del Parlamento Europeo (por acogernos y garantizar el
contacto con los electores de la única institución europea elegida)
al Presidente de la Comisión (por inspirarnos y compartir con nosotros
la experiencia de su institución).

Mesdames, Messieurs,
Ladies and Gentlemen,
Meine Damen und Herren,
Signore e Signori (IT)
Señoras y Señores (ES)
Dames en heren (NL)
Mine damer og herrer (DK)
Κυρίες και Κύριοι (GR)
Minhas Senhoras e Meus Senhores (PT)
Hyvät naiset ja herrat (FI)
Mina damer och herrar (SV)
Szanowni Państwo (PL)

Ustedes son los miembros de la Convención sobre el futuro de Europa.

Son ustedes los miembros de la Convención de Europa.

En cuanto tales, tienen ustedes el poder con que está dotado todo órgano político: el de triunfar o el de fracasar.

De un lado, ancha se abre la sima del fracaso. Del otro, la estrecha puerta del éxito.

Si fracasamos, contribuiremos a la actual confusión del proyecto europeo, que sabemos que no estará en condiciones de aportar, tras la ampliación en curso, un sistema de gestión de nuestro continente eficaz y accesible a la opinión pública. Lo que se ha venido construyendo desde hace cincuenta años daría así con su límite y se vería ante la amenaza de su desmembramiento.

Si nos sonríe el éxito, es decir, si llegamos al acuerdo de proponer una idea de la Unión Europea que se adapte a la vez a la dimensión continental y a las exigencias del siglo XXI, una idea portadora de unidad para nuestro continente y de respeto de su diversidad, podrán ustedes, al separarnos, regresar a sus países, ya sean ustedes italoeuropeos, angloeuropeos o polacoeuropeos -o cualquiera de las otras posibilidades- con el sentimiento de haber contribuido, modesta pero eficazmente, a la escritura de un nuevo capítulo de la historia de Europa.

*

* *

Como prefacio de esta Convención, quisiera decirles cuán esencial es nuestro trabajo para Europa, incluso para el mundo; decirles también que nuestra misión será difícil, pues deberá conjugar la dinámica de un movimiento que asocia a Estados y hombres con un gran rigor de pensamiento y método; quiero concluir con un llamamiento al entusiasmo dirigido a todos ustedes, miembros de la Convención, a los dirigentes de los Estados miembros y de los Estados candidatos y a todos los ciudadanos y ciudadanas de Europa, desde los de más edad, que sufrieron los crueles enfrentamientos del pasado, hasta los más jóvenes, que sueñan con ver cómo se abre en Europa una amplio espacio de libertad y oportunidades.

*

* *

El Consejo Europeo no podía señalar de mejor manera la importancia de nuestros trabajos que creando este poderoso equipo de la Convención, del que ustedes son miembros.

Este equipo de 105 miembros da la talla del reto que se nos presenta:

- la Convención se apoyará en dos Vicepresidentes de envergadura, los señores Giuliano Amato y Jean-Luc Dehaene, que han desempeñado las más altas responsabilidades en dos países

fundadores;

- la presencia, entre los representantes del Parlamento Europeo, de los Parlamentos nacionales y de los Gobiernos, de personalidades de gran nivel, que han reflexionado sobre los elementos del debate europeo, garantizará la calidad del diálogo que habrán de mantener con sus autoridades nacionales, respecto a las que desempeñarán un indispensable papel de enlace;

- a todo esto, quiero dar mis más efusivas gracias a aquellas instancias que, en respuesta a mi llamamiento, han designado mujeres para representarlos;

- los dos representantes de la Comisión, por su parte, nos aportarán su gran experiencia y sus conocimientos prácticos sobre la Europa comunitaria;

- la importante representación de los países candidatos a la adhesión, con 39 miembros, garantizará que la Convención tenga conocimiento preciso de sus aspiraciones y del papel que desean desempeñar en Europa;

- la Secretaría General de la Convención estará bajo la dirección de un diplomático de alto nivel, con experiencia en las instituciones europeas. Agradezco al Gobierno del Reino Unido el que haya posibilitado su designación.

Por último, el pequeño equipo de la Secretaría General, joven y con talento, elegido exclusivamente en función de sus méritos, será sin duda el "think tank" más brillante de la gran aventura europea, así como un instrumento en favor de la coherencia y el método de nuestros trabajos.

*

* *

La Convención sigue la senda de una historia europea rica y fecunda.

El camino recorrido desde Jean Monnet, Konrad Adenauer, Paul-Henri Spaak y Alcide de Gasperi es gigantesco, difícil de creer.

La simple presencia de todos ustedes en esta sala les hubiera parecido inimaginable, y hubiera hecho soñar, hace menos de sesenta años, a británicos, alemanes, franceses y neerlandeses, y hace menos de quince, a checos, húngaros y rumanos.

Europa ha ido avanzando paso a paso, de Tratado en Tratado. El camino está jalonado por acuerdos parciales, por crisis rápidamente superadas. El rasgo más llamativo es que, si bien en algunos momentos Europa puede haber dado la impresión de estar bloqueada, en ningún caso ha retrocedido.

El cambio de moneda ha puesto de manifiesto la destacada capacidad de adaptación, con muestras de alegría popular, de 302 millones de europeos, que han desechado olímpicamente el reproche de euroesclerosis y han demostrado que son capaces de aprobar lo que se les propone cuando lo consideran sencillo y útil.

A lo largo de este recorrido, las instituciones europeas, el Consejo, el Parlamento Europeo, la Comisión y el Tribunal de Justicia han prestado destacados servicios, a los que hay que rendir homenaje.

Pero a la vez, preciso es constatar que estas acciones están alcanzando su límite. El proceso de unión de Europa da señales de agotamiento, como lo subraya la declaración de Laeken.

Los mecanismos de decisión se han hecho muy complejos, hasta el punto de que la opinión pública no los comprende. Desde Maastricht, los últimos Tratados han sido difíciles de negociar y no han se han ajustado a sus objetivos iniciales: los debates en las instituciones han hecho prevalecer los intereses nacionales sobre la consideración del bien común europeo. Por último, el índice de abstención en las elecciones europeas alcanza niveles inquietantes, superando por primera vez, en 1999, el umbral tan simbólico del 50%.

Con su configuración actual, Europa está al borde de la inadaptación. Más crítica aún será la situación con una Europa ampliada.

En interés de Europa, pero también en interés del mundo, tenemos que ponerle remedio.

Al mundo de hoy le hace falta una Europa fuerte, unida y pacífica.

El mundo se sentiría mejor si pudiera contar con Europa, una Europa que se exprese con una voz única, desde luego para afirmar el respeto de sus alianzas, pero también para hacer oír, cada vez que sea necesario, un mensaje de tolerancia y moderación, de apertura a las diferencias y de respeto de los derechos humanos.

No olvidemos que nuestro continente ha brindado a la humanidad, desde la antigüedad grecolatina hasta el siglo de las luces, las tres aportaciones fundamentales de la razón, el humanismo y la libertad.

Así es: todos se sentirían mejor en nuestro planeta si se pudiera oír la firme voz de Europa.

Si lo logramos, al cabo de 25 o de 50 años -la distancia que nos separa del Tratado de Roma- Europa habrá cambiado su papel en el mundo.

Será respetada y escuchada, no sólo como la potencia económica que ya es, sino también como potencia política que hable de igual a igual con las mayores potencias del planeta, actuales o futuras, y que disponga de los medios de actuación para afirmar sus valores, garantizar su seguridad y desempeñar un papel activo en el mantenimiento de la paz internacional.

Nuestros trabajos, señoras y señores miembros de la Convención, no son más que una etapa de la nueva Europa, pero son un paso obligado para iniciar de nuevo nuestra aventura multinacional.

*

* *

El estancamiento actual de Europa se debe a varios factores, en particular, la maraña de competencias, la complejidad de procedimientos y, quizás también, el debilitamiento de la voluntad política, pero sobre todo se debe, a mi entender, a una causa central: la dificultad de conjugar un fuerte sentimiento de pertenencia a la Unión Europea y el mantenimiento de una identidad nacional.

Esta dificultad existe ya hoy día, pero se acentuará con el número y la diversidad de los Estados que mañana habrán de participar en la vida de la Unión Europea.

Se trata de una exigencia relativamente nueva. Durante los primeros decenios de la unión de Europa, cuando las identidades nacionales seguían siendo fuertes, hasta el punto de haber alimentado sangrientos enfrentamientos para protegerlas o extenderlas, y cuando el proyecto afectaba sólo a una pequeña parte de Europa, relativamente homogénea, la única cuestión que se planteaba era la de hacer avanzar la integración europea.

Desde los años 90, hemos visto crecer otra exigencia: la de intentar hacer compatibles el deseo de pertenencia a una Unión Europea fuerte y el mantenimiento de un sólido anclaje en la vida política, social y cultural nacional.

Hemos de actuar de manera que los gobiernos y los ciudadanos desarrollen una "affectio societatis" europea, fuerte y reconocida, a la vez que conservan su natural apego a la identidad nacional.

A la vista de todos estos datos, el Consejo Europeo, reunido en Laeken, decidió crear la Convención sobre el futuro de Europa, de la que ustedes son miembros, atribuyéndole la misión de preparar la reforma de sus estructuras y de comprometernos, si es que somos capaces de ello, en la vía de una Constitución para Europa.

*

* *

¿Cuál será, pues, nuestro programa?

¿Y cómo vamos a llevar a cabo nuestros trabajos?

La situación europea actual nos invita a remontarnos al pasado, para hallar las fuentes y preguntarnos por la finalidad del proyecto europeo.

La primera fase de nuestros trabajos será, pues, una fase de escucha, abierta y atenta.

Tendremos que preguntarnos entre nosotros, miembros de la Convención, y preguntarles a todos nuestros interlocutores, para hallar la respuesta a la cuestión siguiente: "¿qué esperan los europeos de Europa al principio del siglo XXI?".

Debemos iniciar nuestra andadura sin ideas preconcebidas y formar nuestra visión de la nueva Europa mediante la escucha constante y atenta de todos nuestros interlocutores, gobernantes y gobernados, agentes económicos y sociales, representantes de colectividades territoriales -ya presentes aquí-, miembros de asociaciones y de la sociedad civil representadas en el foro, pero también de todos aquellos y aquellas que no tienen otra identidad que la de su pertenencia a Europa.

En esta escucha, hemos de dar especial realce a dos objetivos: los jóvenes, para quienes desearía que pudiésemos organizar una "Convención de los jóvenes de Europa", que celebraría sesiones siguiendo nuestro modelo, y los ciudadanos de los países candidatos, que habrán de simultanear su descubrimiento y su aprendizaje de la Unión Europea.

Recurriremos a los medios contemporáneos e interactivos de escucha, en particular a Internet. Todos tienen que poder hacer oír su voz, lo que supone, claro está, una organización eficaz y descentralizada, que permita un diálogo sin fronteras ideológicas ni partidistas.

Asimismo, existe el deseo de una interrogación interactiva que permita a la sociedad civil reaccionar ante algunas de nuestras propuestas.

El Vicepresidente Jean-Luc Dehaene ha aceptado hacerse cargo de coordinar la actividad de la Convención en este ámbito.

Nuestras primeras reuniones se dedicarán a esta escucha de las exigencias de Europa.

Nos preguntaremos, en particular, ¿cómo se imaginan los europeos a Europa dentro de 50 años? ¿Desean una Europa que tienda hacia la homogeneidad -una Europa más uniforme- en el contexto de una dinámica de armonización?

¿Prefieren una Europa que conserve su diversidad, respetando las identidades históricas y culturales? Estos dos objetivos nos llevan, evidentemente, a planteamientos diferentes.

Al mismo tiempo tendremos que intensificar nuestra labor de escucha sobre una cuestión que la Declaración de Niza colocó entre las primeras prioridades de nuestra Convención y cuya importancia ha sido subrayada por la declaración de Laeken: la cuestión de la definición de las competencias respectivas de la Unión Europea y de los Estados miembros: la respuesta a la famosa

pregunta: ¿quién hace qué en Europa? ¿Cuáles deben ser esas competencias de la Unión y de los Estados? ¿Debe darse prioridad a las competencias exclusivas o hay que adaptarse a un amplio sector de competencias compartidas? ¿Cómo deben ejercerse esas competencias para que sean visibles y comprensibles para la opinión pública?

En esta labor de escucha, podremos recurrir a los enriquecedores trabajos que se han llevado a cabo en el marco del Parlamento Europeo.

Quizás, para facilitar la tarea de nuestros interlocutores de la sociedad civil, tendríamos que elaborar una especie de cuestionario sobre Europa, como ya se ha hecho en algunos Estados miembros.

*
* *

Después de esta fase de escucha, tendremos que poner en marcha dos enfoques paralelos.

En primer lugar, tendremos que tratar de ofrecer respuestas a las preguntas planteadas en la Declaración de Laeken, que pueden dividirse en seis grandes grupos: cuestiones fundamentales sobre el papel de Europa, división de competencias en la Unión Europea, simplificación de los instrumentos de la Unión, funcionamiento de las Instituciones y su legitimidad democrática, una voz única para Europa en asuntos internacionales y, por último, el camino hacia una Constitución para los ciudadanos europeos.

Simultáneamente, tendremos que examinar cuidadosamente las diferentes fórmulas para el futuro de Europa que han presentado otros y que circulan actualmente.

En esta fase, nuestro papel no consistirá en hacer juicios de valor sobre esas fórmulas, sino simplemente en examinarlas, tener en cuenta sus repercusiones y comprobar su coherencia, especialmente por lo que se refiere a las cuestiones planteadas en Laeken, de forma que se valore su impacto en el futuro de Europa de aquí a 25 ó 50 años.

Examinaremos, en particular, las siguientes fórmulas:

- la organización de las Instituciones Europeas a tenor del Tratado de Niza;

- el plan para una Europa organizada siguiendo el modelo federal, como la han propuesto, en particular, altos responsables políticos alemanes;
- el documento elaborado por la Comisión Europea sobre la modernización del método comunitario;
- las soluciones presentadas bajo el epígrafe de una "federación de estados nacionales", impliquen o no la creación de una segunda cámara.

Una vez que hayamos concluido este examen, la Convención podrá iniciar la tercera fase de sus trabajos: sus recomendaciones y su verdadera propuesta.

Tendremos que responder a la demanda de simplificación de los Tratados, con el objetivo de lograr un único Tratado, legible y comprensible para todos.

La Declaración de Laeken deja a la libre discreción de la Convención la conveniencia de presentar opciones o de formular una única recomendación.

A la vista de nuestro planteamiento, no sería lógico tomar una decisión ahora.

No cabe duda, sin embargo, de que para la opinión pública nuestra recomendación tendría considerable peso y autoridad si pudiéramos lograr un amplio consenso sobre una propuesta única que pudiéramos presentar todos.

Si lográramos un consenso sobre este punto, abriríamos la puerta hacia una Constitución para Europa.

Para evitar problemas semánticos, pongámonos de acuerdo ya en hablar de "un tratado constitucional para Europa".

*

* *

Quisiera hablar ahora de la realización de nuestros trabajos.

La tarea que tenemos por delante es inmensa, cualquiera lo puede comprobar, si queremos llevar hasta el final nuestras reflexiones y redactar los textos en los que se plasmen nuestras propuestas.

El plazo de un año que se nos ha dado resulta relativamente corto.

Trataremos de respetarlo.

Pero afirmo enseguida que no estoy dispuesto a sacrificar la autenticidad de la labor de escucha de los ciudadanos europeos, ni la calidad de los trabajos y de las propuestas elaboradas por nuestra Convención.

No abordaremos las modalidades prácticas de funcionamiento de nuestra Convención en esta sesión inaugural, sino que lo haremos en nuestra primera sesión de trabajo.

Sin embargo, quisiera presentar tres observaciones que considero importantes para la orientación de nuestros trabajos:

1. No somos ni una Conferencia Intergubernamental ni un Parlamento.

Somos una Convención.

No somos una Conferencia Intergubernamental, pues no hemos recibido un mandato de los Gobiernos para negociar, en su nombre, las soluciones que propondremos.

Tampoco somos un Parlamento, pues no somos una institución elegida por los ciudadanos para elaborar textos legislativos. Esa función corresponde al Parlamento Europeo y a los Parlamentos nacionales.

Somos una Convención.

¿Qué quiere decir eso?

Una Convención es un grupo de mujeres y de hombres reunidos con el único fin de elaborar

un proyecto común.

El principio de nuestra existencia es nuestra unidad.

Los miembros de los cuatro componentes que conforman nuestra Convención no deberán considerarse como si fueran únicamente portavoces de las instancias que los han nombrado: Gobiernos, Parlamento Europeo, Parlamentos nacionales y Comisión. De la misma forma que Giuliano Amato no hablará en nombre de Italia, Jean-Luc Dehaene en nombre de Bélgica ni yo mismo, en nombre de Francia.

Cada uno respetará lealmente el mandato que se le ha confiado, pero deberá aportar su contribución personal a los trabajos de la Convención.

Hablemos claramente. Esta Convención no podrá lograr su objetivo si se limita a ser un lugar de expresión de opiniones divergentes. Tiene que convertirse en un crisol en el que cada mes se vaya fraguando un enfoque común.

Para escuchar, la Convención deberá dirigirse al exterior.

Pero para reflexionar acerca de lo que podemos proponer, los miembros de la Convención deberemos dirigirnos unos a otros y tratar de configurar, poco a poco, un "espíritu de la Convención".

Mirar al exterior, para escuchar. Mirar al interior, para proponer.

*

* *

2. Mi segunda observación se refiere a lo que se habrá de producir en el marco de la Convención.

La Declaración de Laeken ha dotado a la Convención de dos estructuras: un Presidente y dos Vicepresidentes permanentes, así como un Praesidium de doce miembros.

Algunos de ustedes tienen ya formada una opinión sobre cuáles serán los cometidos del Praesidium y el Pleno. Albergan el temor de que, en la práctica, se atribuyan al Praesidium las tareas principales.

Al respecto he de decirles que, para mí, ¡la Convención es la Convención!

Es normal que los trabajos de la Convención los prepare y organice un Praesidium, como es el caso en toda asamblea o agrupación.

Sin embargo, los debates se llevarán a cabo aquí y serán públicos.

El resto dependerá, en gran medida, de ustedes y del contenido de sus contribuciones.

Si sus contribuciones aspiran de manera efectiva a lograr un consenso, si tienen en cuenta las propuestas y observaciones de los demás miembros de la Convención, entonces será posible aquí, en el marco de la Convención, ir elaborando paso a paso el contenido del consenso definitivo.

3. Mi tercera observación es una simple reflexión:

Nuestra Convención constituye la primera ocasión, desde la Conferencia de Messina en 1955, en la que los responsables europeos se dotan de medios y de plazos para llevar a cabo una reflexión profunda sobre el futuro de la Unión Europea.

Es cierto que, a lo largo de todo este tiempo, ha habido varias conferencias intergubernamentales, pero las conferencias intergubernamentales son foros en los que se llevan a cabo negociaciones diplomáticas entre los Estados miembros y en los que cada Estado trata legítimamente de obtener el mayor beneficio posible, sin tener en cuenta la visión de conjunto.

Por su parte, el Consejo Europeo ha decidido en varias ocasiones celebrar reuniones sobre el futuro de las Instituciones europeas, pero, ya sea debido a la presión de los acontecimientos internacionales o a exigencias de calendario, muy raramente estas deliberaciones han durado más de un día.

Por este motivo, los trabajos de esta Convención presentan el carácter de nueva fundación

intelectual del futuro de la Unión Europea.

Como conclusión, señoras y señores, quisiera terminar haciendo una invitación al entusiasmo.

Una palabra que nos viene del griego, "en-thusia", y que significa "inspirado por un dios". En nuestro caso, la inspiración nos vendría de una diosa: ¡Europa!

Se nos reprocha muchas veces que no hacemos que la gente sueñe con Europa, que nos contentamos con construir una estructura complicada, opaca, reservada para los iniciados de la economía y de las finanzas.

Pues bien, ¡soñemos con Europa!

Imaginémonos un continente en paz, liberado de sus casillas y de sus obstáculos, y en el que se reconciliarán al fin la historia y la geografía, de forma que todos los Estados de Europa puedan construir juntos su futuro, después de haber seguido caminos distintos al Oeste y al Este.

Un espacio de libertad y de oportunidades, en el que cada persona se pueda desplazar en función de sus preferencias para estudiar, trabajar, emprender o completar su cultura.

Un espacio bien identificado por la manera de lograr la síntesis entre el dinamismo de la creación, la necesidad de solidaridad y la protección de los más débiles y de los más desfavorecidos.

Pero también un espacio en el que subsistan y se desarrollen identidades culturales fuertes, que, al tiempo que sean conscientes de sus orígenes, tengan curiosidad por los intercambios, y que puedan fomentarlos.

Imaginémonos también la voz de Europa en el mundo. Su unidad garantizará su influencia y su autoridad.

Todos conocemos la riqueza de nuestra cultura y el vigor eternamente renovado de su creatividad.

Europa ha aportado al mundo la razón, el humanismo y la libertad.

Europa tiene dotes para hacer escuchar su mensaje de moderación, de búsqueda de soluciones mutuamente aceptables y de pasión por la paz.

Su diversidad cultural garantiza su tolerancia.

También debe ser capaz de garantizar su propia seguridad, sea cual sea el peligro.

¡Podemos soñar y hacer soñar con Europa!

Si fracasáramos, cada país volvería a la lógica del libre comercio. Ninguno de nosotros, ni siquiera los más grandes, tendría peso suficiente frente a los gigantes mundiales. Nos quedaríamos entonces frente a nosotros mismos, preguntándonos amargamente cuáles han sido las causas de nuestro ocaso y de nuestra situación de dominados.

Nuestra invitación al entusiasmo se dirige a los demás europeos, pero también a nosotros mismos.

Para convencer a los demás y lograr que nos sigan, hemos de sentir un interés apasionado por el éxito de nuestra tarea, una tarea modesta en cuanto a la forma, pero inmensa en el contenido, porque si la llevamos a cabo con éxito, según el mandato que se nos ha confiado, iluminará el futuro de Europa.

¡Viva Europa!

Muchas gracias.